

Una breve revisión crítica del título *La energía femenina*

ALEJANDRO PINEDA SAAVEDRA
Doctorando Complutense de Madrid

A brief critical review of the title *The Feminine Energy*

Abstract

This article begins with a quotation from Freud, in which he states that the libido is essentially masculine, a statement that calls into question the title *The Feminine Energy*. We propose a brief review of this Freudian formulation, considering the effortful –active– character of the drive, and its relation to the masculine and feminine opposition. A reference to the libido is also brought up, from which it becomes clear that it is not possible, at least from a Freudian perspective, to assign sex to the drive or to the libido –sexual energy. The last part of this development dwells briefly on the difference in the conformation of the superego between the male and female. It concludes with a final question.

Key words: Libido. Feminine energy. Drive. Masculine and feminine.

Resumen

El presente artículo parte con una cita de Freud, en la que plantea que la libido es esencialmente masculina. En la medida en que esta afirmación pone en cuestión el título de la convocatoria *La energía femenina*, se hace una breve revisión de tal formulación freudiana. Dentro de esta revisión, se toma en cuenta el carácter esforzante –activo– de la pulsión, y su relación con la oposición masculino y femenino. Asimismo, se trae a colación una referencia a la libido, a partir de la cual resulta claro que no es posible, al menos desde una perspectiva freudiana, asignarle sexo a la pulsión o a la libido –energía sexual. La última parte de este desarrollo se detiene brevemente en la diferencia de conformación del superyó entre el varón y la mujer. Se concluye con una pregunta final.

Palabras clave: Libido. Energía femenina. Pulsión. Masculino y femenino.

ISSN. 1137-4802. pp. 115-124

Introducción

El título de la convocatoria, *La energía femenina*, llama la atención, si se toma en cuenta la siguiente afirmación de Freud en *Los tres ensayos sobre teoría sexual* (1905):

“Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el

1 FREUD, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas*, Vol. VI, Amorrortu, 1991, 200.

aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer”¹.

Es decir, si la energía sexual –libido– tuviera que ser caracterizada, sería esencialmente masculina. Aunque ello depende de una mayor delimitación del concepto de masculino.

En el pie de página 19, en una nota agregada en 1915, Freud se explica en el concepto de masculino desde tres puntos de vista.

De ellos, se recalca el que toma el sentido de la actividad y la pasividad:

“Se los emplea [los conceptos de masculino y femenino] en el sentido de *actividad* y *pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva”².

2 FREUD, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*, 200.

Entonces, la libido es esencialmente masculina, si se toma en cuenta uno de sus significados, a saber, la actividad. Esto se desprende de la concepción de la pulsión.

Esta idea pone ciertamente en duda el título de la presente convocatoria. Por ello, merece ser explorada con más detenimiento, lo cual constituye el propósito fundamental del siguiente artículo.

El carácter esencial de la pulsión

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), Freud distingue que el carácter esencial de la pulsión es el esfuerzo –Drang:

“Por esfuerzo {*Drang*} de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa {*repräsentieren*}. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad; cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva”³.

3 FREUD, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas*, Vol. XIV, Amorrortu, 1991, 117-118.

De la cita se desprende que, fundamentalmente, la pulsión es activa.

Freud (1915) propone que uno de los destinos de la pulsión es el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia.

Para ejemplificar el primer asunto, Freud (1915) menciona el par de opuestos sadismo-masochismo y el placer de ver-exhibicionismo en estos términos:

“Ejemplos del primer proceso brindan los pares de opuestos sadismo-masochismo y placer de ver-exhibición. El trastorno sólo atañe a las *metas* de la pulsión; la meta activa –martirizar, mirar– es remplazada por la pasiva –ser martirizado, ser mirado”⁴.

La meta activa de la pulsión es consecuencia del carácter esencialmente activo –esforzante– de la pulsión.

⁴ FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 122. *Cursivas en el original.*

En el trastorno descrito, también participa la vuelta hacia la persona propia, puesto que el cambio de meta activa a meta pasiva de la pulsión involucra el cambio de vía del objeto:

“La *vuelta hacia la persona propia* se nos hace más comprensible si pensamos que el masochismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el yo propio, y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio. La observación analítica no deja subsistir ninguna duda en cuanto a que el masochista goza compartidamente la furia que se abate sobre su persona, y el exhibicionista, su desnudez. Lo esencial en este proceso es entonces el cambio de vía del *objeto*, manteniéndose inalterada la meta”⁵.

Ahora bien, en este trayecto que va del objeto al Yo, no se abandona la meta activa de la pulsión, de ahí que el masochista goce de la furia que recae sobre su persona, así como el exhibicionista goce de su desnudez.

⁵ FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 122. *Cursivas en el original.*

Por eso, Freud (1915) puede sostener que en la mudanza pulsional a través de la actividad en pasividad y mediante la vuelta sobre la persona propia, subsiste la meta originariamente activa:

“Para los dos ejemplos de pulsión aquí considerados vale esta observación: la mudanza pulsional mediante trastorno de la actividad en pasividad y mediante vuelta sobre la persona propia nunca afecta, en verdad, a todo el monto de la *moción pulsional*. La direc-

6 FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 125.

ción pulsional más antigua, activa, subsiste en cierta medida junto a la más reciente, pasiva, aunque el proceso de la trasmutación pulsional haya sido muy extenso”⁶.

Es cierto que Freud (1915) cuando introduce el concepto de narcisismo como un momento del desarrollo temprano del Yo, en el que la pulsión se satisface de forma autoerótica, complica la descripción de la mudanza pulsional. De forma anterior a la pulsión activa de ver, Freud (1915) distingue un estado originario narcisista, en el cual el placer de ver toma como objeto el cuerpo propio; lo mismo se aplicaría al sadismo. En este contexto, la pulsión activa de ver implica el abandono del narcisismo:

7 FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 127.

“Desde ella [formación narcisista] se desarrolla la pulsión activa de ver, dejando atrás al narcisismo; pero la pulsión pasiva de ver retiene el objeto narcisista. De igual modo, la trasmutación del sadismo al masoquismo implica un retroceso hacia el objeto narcisista; y en los dos casos [o sea, el del placer pasivo de ver y el del masoquismo] el sujeto narcisista es permutado por identificación con un yo otro, ajeno”⁷.

Más adelante, Freud (1915), al analizar la polaridad activo-pasivo, coloca el acento nuevamente sobre la actividad que las pulsiones *compelen* a realizar al Yo:

8 FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 129. *Cursivas en el original.*

“El yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una *actividad* hacia el mundo exterior; de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias”⁸.

Por todo lo dicho, es necesario remarcar que el carácter esencial de la pulsión es su tendencia al esfuerzo, a la actividad. Esto es así, incluso cuando se contempla la mudanza pulsional hacia una meta pasiva de la pulsión, puesto que, en ella, aún subsiste la meta activa de la pulsión, como Freud (1915) ha indicado anteriormente.

¿La pulsión es masculina o femenina?

El carácter esforzante –activo– de la pulsión no necesariamente significa que debe entenderse como masculino.

Esta afirmación se puede respaldar mediante la siguiente cita de Freud (1915):

“La oposición entre activo y pasivo se fusiona más tarde con la que media entre masculino y femenino, que, antes que esto acontezca, carece de significación psicológica. La soldadura entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino, nos aparece, en efecto, como un hecho biológico”⁹.

La meta activa de la pulsión *sólo más tarde* se fusiona con lo masculino, de la misma forma que la meta pasiva de la pulsión se fusiona con lo femenino. Es más, se afirma que antes que se produzca dicha *soldadura*, carece de significación psicológica hablar masculino y femenino.

⁹ FREUD, *Pulsiones y destinos de pulsión*, 129.

A propósito de que esta soldadura aparezca como un hecho biológico, en el pie de página 29 se remite al pie de página 19 en *Los tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), en especial, al significado biológico de lo masculino y lo femenino:

“El segundo significado, el biológico, es el que admite la más clara definición. Aquí, masculino y femenino se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos derivan. La actividad y sus exteriorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que estas propiedades corresponden más bien a la hembra”¹⁰.

¹⁰ FREUD, *Tres ensayos de teoría sexual*, 200.

Nótese que el significado biológico de lo masculino y lo femenino se desprende de la función de la reproducción sexual –semen y óvulo respectivamente.

En el texto *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)* (1923), Freud ubica la soldadura entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino como culminación del desarrollo psicosexual:

“En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre *activo* y *pasivo* es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: *genital masculino*, o *castrado*. Sólo con la culmi-

11 FREUD, S. (1923). *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas*, Vol. XIX, Amorrortu, 1990, 149. Cursivas en el original

nación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino* y *femenino*. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno”¹¹.

De esta cita, queda claro que es erróneo intentar asignarle a la meta activa de la pulsión el carácter masculino, de la misma forma que adjudicarle a la meta pasiva de la pulsión la condición de femenina. Esto *sólo* ocurre cuando se llega a la pubertad, en donde lo masculino y lo femenino se define en términos de la función sexual, a saber, la actividad y la posesión del pene, y la pasividad y la recepción del pene –vagina–; es lo que Freud (1905) anteriormente ha identificado como significado biológico.

Estas insinuaciones son expresadas de forma aún más clara y explícita por Freud en *Las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932), específicamente en la conferencia 32, *La feminidad*.

Freud define la libido como la fuerza pulsional de la vida sexual:

“Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición”¹².

12 FREUD, S. (1932). 12ª conferencia. *La feminidad*, en *Las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (J. L. Etcheverry, Trad.), en *Obras completas*, Vol. XXII, Amorrortu, 1990, 121.

La libido en tanto fuerza pulsional debe también poseer el mismo carácter esencial de la pulsión, a saber, el esfuerzo –*Drang*.

Cuando Freud (1932) explica la relación entre la libido y la oposición masculino-femenino que rige la vida sexual, afirma lo siguiente:

“No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina”¹³.

13 FREUD, 12ª conferencia. *La feminidad*, 121-122.

Resulta patente que no puede existir ni una libido masculina, ni una libido femenina, pues sólo existe *una* libido. Esta libido entra *al servicio* de la función sexual masculina, la cual según Freud (1923) se encadena a la actividad y a la posesión del pene; y femenina, la cual se vincula a la pasividad y a la recepción del pene –vagina.

A continuación, Freud (1932) reitera la imposibilidad de asignarle sexo a la libido, colocando un cierto énfasis en la imposibilidad de hablar de libido femenina:

“No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Como quiera que sea, la expresión «libido femenina» carece de todo justificativo”¹⁴.

De las razones esgrimidas en este subapartado, parece sensato preguntarse, desde una perspectiva freudiana, por la justificación del título *La energía femenina*.

¹⁴ FREUD, 12^a conferencia. *La feminidad*, 122.

Libido, superyó masculino y superyó femenino

A manera de epílogo, las siguientes líneas versan sobre un aspecto fundamental de la oposición entre lo masculino y lo femenino. Dentro del desarrollo de mi tesis de investigación *El concepto de ideal del Yo dentro del pensamiento freudiano*, dirigida por el profesor Jesús González Requena, un apartado está dedicado a la diferencia en la conformación del superyó en el hombre y en la mujer.

El superyó en el caso del varón se forma a partir de la amenaza de castración:

“En el varón –según lo expuse en la publicación que acabo de citar [1924d] y que sigo en general en estas páginas–, el complejo no es simplemente reprimido; zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración. Sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó y prestan a esta neoformación sus propiedades características”.

¹⁵ FREUD, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas*, Vol. XIX, Amorrortu, 1990, 275.

Es digno de resaltar que el proceso que parte con la amenaza de castración no lleva simplemente a la represión de las investiduras libidinosas, sino que también incluye, la desexualización –sublimación– de dichas investiduras libidinosas. Con ello, se produce la identificación con los objetos edípicos y la formación del superyó en el varón.

Para Freud (1925) esto último constituye el caso normal, en el cual no existe más el complejo de Edipo en lo inconciente, pues el superyó ha devenido su heredero:

“En el caso normal –mejor dicho: en el caso ideal–, ya no subsiste tampoco en lo inconciente ningún complejo de Edipo, el superyó ha devenido su heredero. Puesto que el pene –en el sentido de Ferenczi [1924]– debe su investidura narcisista extraordinariamente alta a su significación orgánica para la supervivencia de la especie, se puede concebir la catástrofe {*Katastrophe*} del complejo de Edipo –el extrañamiento del incesto, la institución de la conciencia moral y de la moral misma– como un triunfo de la generación sobre el individuo”¹⁶.

16 FREUD, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, 275.

La segunda parte de la cita pone el foco en la importancia del superyó para la supervivencia de la especie. El hecho de que el complejo de Edipo se vaya a pique es un triunfo de la generación sobre el individuo, debido a que aleja el peligro de la pérdida del pene, el cual posee una significación orgánica de gran importancia para la supervivencia de la especie. Esta formulación, sin embargo, resulta problemática, ya que uno se podría preguntar cómo la catástrofe del complejo de Edipo aleja el peligro de la pérdida del pene, si justamente dicha catástrofe sólo es posible a partir de la amenaza de *castración*. Si no se produjera esta amenaza, el incesto podría ejecutarse, lo cual atentaría contra la reproducción de la especie.

En cualquier caso, en comparación con el varón, en el caso de la mujer, el proceso de conformación del superyó presenta la siguiente salvedad:

“En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer”¹⁷.

17 FREUD, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, 275.

Sobre la niña no pesa, entonces, la amenaza de castración, lo cual, en el caso del niño, lleva a que el complejo de Edipo se vaya a pique. En la niña, no parece ser tan drástico el destino de las investiduras libidinosas del complejo de Edipo, como sucede en el caso del varón, en el que dicho complejo zozobra a partir de la amenaza de castración.

A partir de lo que sucede en el caso de la mujer, Freud afirma que el superyó de la mujer se distingue del superyó del varón en estos términos:

“Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón”¹⁸.

18 FREUD, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, 276.

El superyó de la mujer no es heredero del complejo de Edipo como sucede en el caso del varón, sino que tiene una relación más íntima con sus orígenes afectivos, a saber, con las investiduras libidinosas. Estos orígenes afectivos radican en el paso de la envidia del pene al complejo de Edipo. Por esta razón, se puede sostener que la formación del superyó en el caso del varón constituye el caso normal –ideal.

A propósito de esto último, Freud (1925) llega a hablar de un *ideal masculino*:

“En tales juicios [los vinculados a la diferencias entre el hombre y la mujer a partir de la formación del superyó] no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponer-nos una total igualdad e idéntica apreciación de ambos sexos; pero sí concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición (constitucional) bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto”¹⁹.

19 FREUD, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, 276.

Como parte de las reflexiones de mi tesis, un aspecto llamativo es que en la cita sólo se hable de ideal masculino. Uno podría preguntarse si esto responde a la diferencia que Freud (1925) ha recogido entre el superyó del hombre y el superyó de la mujer. Si la respuesta afirmativa, resta la cuestión de la relación entre este ideal y el superyó masculino, y de forma más fundamental para efectos del presente artículo, queda pendiente el asunto sobre cómo esta diferencia en la formación del superyó influye en lo que aparece como el último momento del desarrollo psicosexual, esto es, la etapa genital.

Uno podría especular si no es acaso el ideal masculino, el que le permite a la mujer una salida normal del complejo de Edipo, y en ese senti-

do, posibilite que la libido entre al servicio de la función sexual femenina, esto es, la pasividad y la recepción del pene. Esto presupone ciertamente que el varón esté a la altura del ideal masculino, a partir del cual, la libido entra al servicio de la función sexual masculina, a saber, la actividad y la posesión del pene. Estas formulaciones hipotéticas no pueden escapar ciertamente a la necesidad de diferenciar entre ideal y superyó, lo cual constituye uno de los asuntos más importantes dentro de mi tesis. En cualquier caso, valga estas especulaciones como aliciente para futuras precisiones y preguntas.